EL USO DE «TARDE» EN LA POESIA DE ANTONIO MACHADO

Hace ya más de treinta años que Moreno Villa confirmó, mediante el recuento sistemático de palabras, lo que muchos lectores de Antonio Machado venían sintiendo desde la lectura de sus primeros libros: que *tarde*, la palabra en sí, era vocablo predilecto, el más repetido del repertorio lingüístico del poeta (1).

En efecto, hemos contado hasta 140 repeticiones de la palabra en 82 poemas (2). La expresión *tarde* aparece, pues, en casi el 20 % de los poemas de Machado (3). Hay poema suyo con diez usos distintos del vocablo, varios con seis y con cinco inserciones de *tarde;* y, dato sumamente revelador, más del 20 por 100 de los poemas que usan el término lo emplean más de una vez (4).

Esta clara predilección por el vocablo concreto representa, claro está, una vertiente especial (de concreción y concretización máximas) de una predilección más extensa, de orden conceptual. Ninguna duda cabe que una perspectiva más amplia sobre esta cuestión (que incluyese la proyección conceptual, aunque faltase la concreción lexicográfica: «el declinar del día», «crepúsculo», «ocaso radiante», por ejemplo) nos permitiría aumentar sustancialmente la importancia del fenómeno literario que comentamos (5). A pesar de ello, no hemos de abrir hoy nuestra perspectiva de enfoque para trascender del estrecho criterio de coincidencia semántico-lexicográfica que es la presencia concreta del vocablo *tarde*. Hemos optado contra esa amplia-

---

(1) J. Moreno Villa: «Leyendo a...» (México, 1944), IX.

(2) Usamos como base el texto de «Poesías completas» (Madrid, 1973), 14 edición (Austral); pero incluyendo los poemas que no constan en ésta y que recoge Dámaso Alonso en el número homenaje de «Cuadernos Hispanoamericanos» de 1949.

(3) Para alcanzar estos porcentajes, y que reflejasen una realidad verosímil, hemos descontado la numeración del propio Machado. Nosotros contamos unos 520 poemas distintos.

(4) Hay una veintena de poemas en que se repite «tarde».

(5) En efecto, podrían añadirse hasta un centenar más de giros y vocablos, entre indiscutibles y posibles.

ción conceptual por dos razones. Primero, porque ello supondría la entrada en juego de juicios de índole sumamente subjetiva (6); mientras que la estrecha coincidencia que nos sirve de criterio (el sustantivo *tarde)* evita todo resquicio de interpolación personalista. En segundo lugar, porque pensamos que el estudio del uso machadiano de una imagen-concepto determinada ganará en precisión concisa más —por lo menos cualitativamente— de lo que pueda perder, así, de amplitud exhaustiva.

Nos sujetamos, pues, al estudio de sólo aquellos instantes de la creación poética de Machado en que coinciden la intención conceptual con la expresión explícita de mayor concreción semántica: las apariciones del vocablo *tarde* propiamente. Ello impone, desde luego, una limitación consciente al estudio temático, pero permite una fijación precisa de datos y una amplitud manejable al enfoque crítico.

Como era de esperar, la predilección léxica que nos interesa ha sido observada y comentada por otros estudiosos de la obra poética de Machado (7). No nos internamos, pues, por una galería de la obra machadiana que se halle virgen del paso erudito. Gran parte de nuestra presentación será, por ello mismo, tarea de acopio. Iremos dejando constancia de las diversas interpretaciones que se han ofrecido del fenómeno; confrontando cada interpretación con la reducción estadística a nuestra disposición y con el juicio crítico sobre la materia que nos ha preparado lo inusitadamente exhaustivo de nuestro enfoque. Añadiremos, finalmente, lo que de innovatorio consigamos allegar. Siguen, pues, las seis o siete interpretaciones y explicaciones del fenómeno que se entresacan de la bibliografía machadiana.

A) *La antropomorfización de la* tarde *con finalidad dialogante* (8)

Como afirma Zubiría, este uso de *tarde,* antropomorfizada, es no sólo un elemento más para el diálogo poético tan característico de Machado, sino aquel que más y mejor sirve esa función (9). Es el aspecto de la realidad objetiva que el poeta más veces humaniza para

(6) Casi la tercera parte del centenar adicional comentado en la nota anterior son de índole discutible: «plaza en sombra», «campo ensombrecido», etc.

(7) Lo sorprendente en este aspecto es el número de estudiosos que hacen caso omiso de ello; el número de análisis de poemas concretos en los que la múltiple repetición de «tarde» ningún comentario suscita.

(8) Véanse, por ejemplo, Aurora de Albornoz, «La presencia de Unamuno en Antonio Machado» (Madrid, 1968), p. 303; Antonio Sánchez-Barbudo, «Los poemas de Antonio Machado» (Madison, 1969), p. 153; y Segundo Serrano Poncela, «Antonio Machado» (Buenos Aires, 1954), p. 117.

(9) A. Zubiría, «La poesía de Antonio Machado» (Madrid, 1953), p. 32.

efectuar el apetecido diálogo con su universo inmediato (10). Cabe puntualizar —porque no lo han hecho, que sepamos, quienes primero señalan este uso determinado de *tarde* en Machado— que ese afán dialogador del poeta, que le llevaría ya maduro a un desdoblamiento heteronímico de alcance inusitado en la literatura moderna (11), tiene su primera y clara presencia en el repetido diálogo con esa *tarde* del primer Machado (12).

Es ésta una función de *tarde* de indiscutible y destacada presencia en la poesía de Machado. Aciertan, sin duda alguna, los eruditos que así lo han reconocido e interpretado.

B) *La* tarde *como vestigio de modernismo machadiano* (13)

Aunque su identificación con la dimensión inauténtica y superliterarizada del Modernismo es en extremo dudosa, ninguna duda cabe acerca del importante contacto del poeta sevillano con los aspectos más renovadores de ese movimiento estético. Fruto de éste sería, posiblemente, esta coincidencia de poeta y escuela poética en su predilección por el mundo crepuscular.

Hay, en efecto, algún refuerzo estadístico para esta posibilidad. El uso más intenso del vocablo *tarde* ocurre en la primera parte de la obra de Machado (14), aquella precisamente en la que se podía suponer mayor presencia del influjo modernista. Más como contrapartida a este apoyo estadístico —que dejará esta explicación modernista en un equilibrio más justo de probabilidad— cabe indicar que el repetido uso de *tarde* es norma en Machado hasta el final de su carrera literaria, años después de que éste hubiese superado del todo ese primer influjo (15).

---

(10) La importancia de tal diálogo queda consignada por los eruditos citados, y ello a su vez determina la importancia de esta función del vocablo.

(11) Entre Abel Martín, Juan de Mairena, Jorge Meneses y todo el repertorio de su «cancionero apócrifo», apenas si caben más desdoblamientos auto-extensivos en un escritor.

(12) «Estas antropomorfizaciones de la tarde, dadas casi todas ellas en «Soledades», son más o menos visibles en el resto de sus poemas.» (Serrano Poncela, p. 117).

(13) Véanse, por ejemplo, R. Gullón, «Simbolismo y modernismo en Antonio Machado», «La Torre», XII (1964), 336; y G. Ribbans, «Antonio Machado's 'Soledades', 1903: a Critical Study», «Hispanic Review», XXX (1962), 200.

(14) Unos 90 usos ocurren en poemas escritos antes de «Campos de Castilla».

(15) Todavía en poema tan tardío como el III de «Canciones a Guiomar» (p. 278), aparece «tarde» tres veces.

C) *El uso de* tarde *(«hora melancólica») como expresión de romanticismo* (16)

No padece el verso de Machado, normalmente, de la intensidad estridente propia de la sensibilidad emotiva del romántico, pero no cabe dudar del contenido melancólico del vocablo que estudiamos. Lo que ocurre, a nuestro juicio, es que se halla este contenido melancólico al servicio de la dimensión sicológico-sentimental más poderosamente machadiana: lo elegíaco (17). Nos parece la repetida selección concreta de «hora melancólica» más bien una consciente preparación sentimental para el acostumbrado salto elegíaco hacia el pasado que un intento de destacar esa melancolía en sí, como correspondería al poeta fundamentalmente romántico.

Creemos acertados, pues, a los estudiosos que han aislado la melancolía como factor inseparable del uso machadiano de *tarde*, e inacertados, en gran medida, los que han querido atribuir esa asociación indiscutible a resabios románticos del poeta. Más acertado nos parece considerar esa especial emotividad en función del carácter elegíaco de Machado, como resorte apropiado de esa nostalgia que la caracteriza.

D) *La utilización de* tarde *como expresión de temporalidad, y hasta angustiosamente sentida* (18)

Poeta máximamente consciente de la temporalidad («palabra en el tiempo»), de auto-catalogación en este sentido (19), Machado concentra su predilección léxica, es lógico, sobre vocablos de expresividad temporal (20). De éstos, *tarde* es el más veces seleccionado.

Mas lo que pudiera parecer perfectamente obvio (que *tarde* sea expresión fundamentalmente temporal de un poeta cuyo eje creativo es el tiempo precisamente) aparece problemáticamnte enfocado en ocasiones. Así, por ejemplo, la confusión de valores nominal y adver-

---

(16) Véase especialmente Moreno Villa, p. 87; pero también, por ejemplo, Zubiría, p. 32, y Sánchez-Barbudo, p. 32.

(17) Lo elegíaco, en su acepción más amplia, de nostalgia por todo lo perdido en el tiempo, es el eje de toda la poesía de Machado.

(18) Véanse, por ejemplo, N. L. Hutman, «Machado: a Dialogue with Time» (Albuquerque, 1969), pp. 41 y 79; y M. Tuñón de Lara, «Antonio Machado, poeta del pueblo» (Barcelona, 1967), pp. 40-41. También conviene ver Serrano Poncela, pp. 48 y 67.

(19) Pueden verse los juicios estéticos del propio Machado en las páginas 251-255 del texto que usamos.

(20) Entre las cinco palabras más usadas que recoge Moreno Villa, se halla, además de «tarde», la palabra «sombra».

bial que —erróneamente a nuestro juicio (21)— piensa ver Hutman (22); o la negación de temporalidad auténtica (erróneamente adjudicándole temporalidad histórica, por tratarse casi siempre, en Machado, de un *tarde* cronológicamente impreciso (23) que Villegas reserva para el vocablo) (24).

Por otra parte, resulta apenas discutible —por la carga de consunción vital que arrastra la propia palabra— la dimensión existencial de este uso machadiano. En efecto, las aclaraciones al respecto de los mismos eruditos («la muerte del día», «consumación del día», «otoño del día», etc.) (25) son harto elocuentes. Resulta esta categoría, a veces, más que de mera expresión de temporalidad, de captación tácita y simultánea de angustia existencial.

La relativa importancia de esta proyección de temporalidad mediante *tarde* habría de medirse en función de la extraordinaria importancia que posee lo expresamente temporal en este poeta. Y ello es especialmente relevante, para la sensibilidad moderna, cuando la temporalidad parece alcanzar intensidad existencial.

E) *La proyección, mediante* tarde, *de una impresión pictórica, de prescritos tonos y colores* (26)

Se destaca este uso intemporal de *tarde* cuando, pensándola excesiva, se piensa en contrarrestar la inclinación crítica por la temporalidad en Machado. Mas ninguna duda cabe, en efecto, de que este vocablo esencialmente temporal irradia condiciones espaciales, sugeridoras de un contorno físico determinado. Hasta cabe afirmar que *tarde* es especialmente versátil, que no sólo sugiere condiciones espaciales determinadas, sino que lo consigue más eficientemente que cualquier otro término parecido (mañana, noche, etc.) (27).

---

(21) El uso de «tarde» como adverbio ocurre, que hayamos podido ver, sólo una vez en la poesía de Machado. Y la noción de que el sustantivo lleve automáticamente adherido, para fines poéticos, el sentido adverbial es sumamente conjetural.

(22) Hutman, p. 76.

(23) Para el tiempo como factor vital, no cronológico, véase, por ejemplo, R. L. Predmore, «El tiempo en la poesía de Antonio Machado», «PMLA», LXIII (1948), 696-711. Para la consciente y anti-cronológica fusión de «tardes», véase, por ejemplo, el poema VI.

(24) J. Villegas, «El tema del tiempo en un poema de Antonio Machado», «Hispania», XLVIII (1965), 448.

(25) No es infrecuente en la bibliografía de Machado esta asociación: «Y al trasladarnos la emoción del ritmo del paso de las horas, de la llegada del atardecer y de la noche, nos produce la repercusión de hacernos pensar, vagamente, en el paso de nuestra vida» (E. Orozco Díaz, «Antonio Machado en el camino», Granada, 1962, p. 100).

(26) Véanse, por ejemplo, A. de Albornoz, p. 100; y Sánchez-Barbudo, p. 125.

(27) Véase D. Alonso, «Cuatro poetas» (Madrid, 1962), IV, especialmente la p. 172.

Con todo, hemos de hacer constar que la finalidad pictórico-espacial de *tarde* —por ser innegable el eje temporal del vocablo— difícilmente podrá considerarse finalidad primaria. Demasiado indirecto es el proceso —de fijación pictórico-espacial mediante palabra esencialmente temporal— para que pueda representar, a nuestro juicio, un establecido proceder estético (28).

F) Tarde *como valor de contraste, de fijación dialéctica* (29)

Esto se da de diversas formas: en contraste directo y sencillo con su opuesto inmediato, *mañana;* o en contraste más amplio —pero mucho más conjetural— con otro elemento temporal-vital repetidísimo en Machado, *primavera* (30).

Esta proyección dialéctica mediante *tarde,* de efectismo importante en algún poema (31), de presencia tácitamente sugeridora en otros muchos (32), cuadra perfectamente con el poeta de la otredad y la complementariedad que es Machado. El uso de contrarios —y muy probablemente como integrantes de una perspectiva dialéctica, de dinámico devenir y síntesis renovadora— es parte formal de la estética machadiana. Nada sorprende, por ello, este importante papel de su vocablo más repetido (33).

La índole necesariamente subjetiva y conjetural de este posible uso de *tarde* (su función contrastiva, especialmente frente a *primavera,* pudiera resultar un tanto forzada) limita, en gran medida, la posibilidad de un juicio definitivo acerca de la importancia de todo ello en la poesía de don Antonio.

G) *Atribuciones misceláneas a* tarde (34)

Reunimos una serie de interpretaciones aisladas —ofrecidas para casos muy concretos— e independientes, por lo tanto, de las expli-

(28) Tanto la concisión como la claridad abogan contra ello.

(29) Véanse, por ejemplo, R. Gullón, «Una poética para Antonio Machado» (Madrid, 1970), página 123; Hutman, pp. 87 y 142; y Ribbans, p. 202.

(30) Hay diez poemas con «tarde» inserta en contexto patentemente primaveral, y otros pocos que se prestan a tal interpretación.

(31) Nos referimos a los últimos versos de «A José María Palacio».

(32) Especialmente si, además de «mañana» y «primavera», se considera el efecto contrastivo del conflicto entre luz y oscuridad que es el atardecer. Véase Zubiría, p. 33.

(33) Para el fondo filosófico de este aspecto del pensar machadiano, véase «De un cancionero apócrifo», pp. 228-249.

(34) No pretendemos ser exhaustivos en esto de las apreciaciones misceláneas. Entresacamos de la bibliografía machadiana algunas de las más repetidas o típicas.

caciones que hemos visto. Así, por ejemplo, la idea de *tarde* como «metafórico espejo» que Gullón subraya (35); o la íntima asociación entre *tarde* y *camino* que señalan Ribbans y Orozco (36); o la finalidad puramente estética (de factor unitivo) que ve Siebenmann (37). Cabe anotar asimismo que no faltan en la bibliografía machadiana algunas referencias —siempre muy imprecisas, desde luego—, a una personal y misteriosa identificación del poeta con el atardecer (38).

Poco provecho ha de rendir, nos parece, el comentar la feliz atribución de finalidad estética que Siebenmann halla en una caso aislado. Menos útil aún sería analizar la relación insondablemente síquica o indescifrablemente mística que une el poeta, según algunos, al fenómeno del atardecer. Sí será provechoso, sin embargo, algún comentario en torno a las otras dos interpretaciones anotadas.

Los estudiosos que hallan una relación especial entre *tarde* y *camino,* uno de los temas más reelaborados por Machado, aciertan efectivamente (39). Pero ¿qué aclara ello? Ofrece, pensamos, una explicación realista de esta predilección machadiana. Poeta peripatético si los ha habido, Machado elabora creativamente durante y como consecuencia de sus paseos (40). Y ¿cuándo pasea? Pues ha de pasear, casi invariablemente, por las tardes. Hombre de trabajo diario, de país de sol atosigante, Machado camina —y crea— en el atardecer de los días. En estas condiciones, qué poco ha de extrañar la predilección por el término *tarde.*

En cuanto al intuitivo «metafórico espejo» de Gullón, cabe añadir —aunque ya sea por cuenta propia— alguna nota adicional y, esperamos, aclaratoria. Dentro de la dirección sostenidamente elegíaca de la poesía de Machado, puede muy bien figurar *tarde,* en efecto, como trampolín hacia el pasado, como espejo que reflejase o permitiera reflejarse esa ya inexistente realidad pasada que canta el poeta. Y esto podría efectuarse de dos maneras. A nivel intelectual, existencial, el acabar del día puede muy bien traer a la mente todos los días acabados. Cabe pensar que la conciencia del transcurrir del tiempo

---

(35) «Una poética para Antonio Machado», p. 141. Gullón utiliza el más amplio concepto de «crepúsculo».

(36) Ribbans, p. 210; Orozco Díaz, p. 33.

(37) G. Siebenmann, «Los estilos poéticos en España desde 1900» (Madrid, 1973), p. 142. Siebenmann utiliza el concepto más amplio de «ocaso».

(38) Véanse, por ejemplo, Orozco Díaz, pp. 33 y 25; y Serrano Poncela, «Borrosos laberintos...», «La Torre», XII (1964), 275.

(39) Basta leer por encima la obra poética de Machado para observar las numerosas veces que coinciden los dos factores.

(40) Junto con el tiempo, el camino es el aspecto más estudiado de la poesía de Machado. Véase, por ejemplo, G. Díaz-Plaja, «El paseo: calle, jardín y plaza», «Estafeta literaria», 565, (junio, 1975), 4-6.

—que se da inmejorablemente al declinar el día, al irse otro segmento vital— despierta nuestra nostalgia por tiempos transcurridos. A nivel sensorial, el atardecer ofrece condiciones sumamente propicias para la actualización del pasado. La oscuridad incipiente, las sombras, desdibujan el perfil fijo e insoslayable del presente, de la realidad actual. Sin esta condición, sin la disolución —cuando menos parcial— de esa realidad presente, difícilmente podría el poeta elegíaco conjurar ese pasado que cristaliza en poesía. Pues bien, si este doble efecto es posible, en algo verosímil, nada debe sorprender la repetida aparición de *tarde* en el vocabulario poético del elegíaco Machado.

Nuestro acopio razonado de finalidades y motivaciones que la crítica ha visto y señalado en el uso machadiano de *tarde* destaca una verdad que ninguno de esos juicios recogidos podría revelar de por sí: la repetición de *tarde* en la poesía de Machado de ningún modo representa una mera reiteración. Todo lo contrario. Resultan numerosas las finalidades poéticas que hemos de asociar con el uso creativo del vocablo repetido. Aunque sea norma racional el intento de dar explicación general y única al fenómeno repetido, las lecturas de tan diferentes estudiosos nos facilitan —y la estadística de la aparición del vocablo refuerza objetivamente— su verdadera complejidad. El estudio detenido de las posibilidades poéticas de *tarde* (objeto de máxima reiteración en Machado) nos lleva a concluir que la repetición —de tema o topos— no es mera redundancia en éste. La repetición léxica es condición creativa del poeta andaluz (41).

ALFREDO RODRIGUEZ
LUZ RODRIGUEZ
TOMAS RUIZ FABREGA

C/Alberto Plaza, 9
TABERNAS (Almería)

(41) Ejemplo de variedad tonal, aún dentro de un mismo poema, véase Gullón, «Una poética...», p. 108.